

El marxismo, ¿Ciencia, Ideología, Gnosis?

Alain Besançon, en su libro La confusión de lenguas, dedica un capítulo a estudiar el fenómeno actual de la ideología y la interpreta como la forma moderna de la gnosis. La define así: «La gnosis es una corrupción de la fe por la especulación y de la especulación por la fe... La ideología es una corrupción de la gnosis por la ciencia y de la ciencia por la gnosis.» Su representante más acabado en nuestro tiempo es el marxismo-leninismo.

Esta descripción del marxismo como gnosis creo que hace comprensible la fascinación que ha ejercido en tantos. Se presenta a la vez como ciencia y como salvación. Pero es una falsa ciencia y una falsa salvación. «La seducción comunista proviene del hecho de contener una promesa de salvación; pero por el descubrimiento racional, y únicamente racional, de un mecanismo inmanente en las cosas que la doctrina pone a la vez en luz y en marcha.»

Transcribo a continuación parte del capítulo VI, en el que se analizan, primero, la forma antigua de la gnosis y, después, su forma moderna que es la ideología.¹

GNOSIS

Que la salvación se obtiene por el conocimiento, que el hombre se pierde por una ilusión, un error, cuyo conocimiento —*gnosis*— viene a liberarle, es una idea anterior ya al cristianismo. Se la encuentra bajo diversas formas en la filosofía griega, en las religiones de la India, en el budismo. Se la encuentra también en el judaísmo y en el cristianismo más ortodoxos. Según los padres alejandrinos, sobre todo, la fe no deja de comportar un conocimiento. *Pistis* y *gnosis*, aun

1. Agradecemos a la Editorial Herder su autorización para publicar este fragmento (pp. 133-148) de la obra *La confusión de lenguas*, 1981.

permaneciendo distintas, pueden estar en armonía y confortarse mutuamente. Pero pueden también entrar en conflicto o, lo que aún es peor, en confusión. Entonces la gnosis —llamada por esos mismos padres falsa gnosis— se convierte en un peligro más mortífero aún que la herejía y reclama para su extirpación las medidas más enérgicas. De hecho, la gnosis acompaña al judaísmo tardío, al cristianismo naciente y al islam sin abandonarlos jamás. Mientras que la religión hindú prolifera sin inconveniente bajo las formas gnósticas más lujuriantes, las religiones de la fe sufren con la gnosis una permanente amenaza de corrupción. La actitud gnóstica, habitualmente benigna, fecunda a veces, se trueca en ruinoso cuando se aplica a la fe. Se puede decir, inversamente, que es la fe la que otorga a la gnosis unas formas virulentas y malignas. Para poner una comparación, cabría decir que la gnosis es respecto de la fe la malformación genética imperceptible que de un ser sano hace un enfermo o un monstruo. No es fácil explicar el porqué. Nos atendremos a los aspectos formales de la creencia.

La fe se describe de suyo como un asentimiento a la palabra de otro, al que toca definir lo que es necesario creer, el objeto de la fe. Entendida así, la fe es un acto que no deja de tener sus riesgos, porque lo que se cree es algo que ni se ve ni se sabe por una evidencia racional. El sujeto es siempre libre de rehusar su asentimiento de no creer, y su acto carece de valor si no se salva esa libertad y se mantiene entera su responsabilidad. Finalmente, el que cree no controla el objeto de su fe. Puede aparecersele *a posteriori* como razonable (*fides quaerens intellectum*), pero jamás penetrable y transparente por completo. Por ilustrada, elaborada y argumentada que sea esa fe, por lejos que vaya en la definición de su objeto, éste sigue siendo tan oculto y desconocido como el primer día, el riesgo del asentimiento sigue siendo igual de grande y el libre albedrío lo mismo de solicitado.

Sobre todos estos puntos la gnosis introduce una discreta subversión. Ofrece su asentimiento no al dato revelado tal como se presenta, sino al sentido que de él extrae. Sentido que no es, desde luego, el literal: la hermenéutica gnóstica descubre detrás de ese sentido otro oculto, que sería el único real y el único interesante, que suprime en principio el riesgo de la fe, porque se da *in recto* como una evidencia, racionalmente demostrable. Enfrentado a esa evidencia, el sujeto, que la penetra con la razón y la controla por completo, ya no es libre de rehusar su asentimiento. Cierto que no todos se adhieren a la gnosis. Pero ello se debe a un accidente, del que la propia gnosis da cuenta y que no compromete la responsabilidad del sujeto, puesto que se debe a una situación que no acaba de dominar el que esté privado del conocimiento salvífico. Negando el libre albedrío, los gnósticos seguían siendo fieles a su experiencia vivida. En la fe lo que escapa al control es el saber, y es el asentimiento el que

brotan de la libre voluntad. En la gnosis, por el contrario, se controla el saber, puesto que el gnóstico sólo se adhiere a lo que su entendimiento le presenta como evidente, mientras que le escapa el asentimiento, el cual depende de unas circunstancias objetivas incontroladas, al menos mientras no se haya recibido la gnosis.

La gnosis ofrece tales ventajas sobre la fe, que uno se pregunta cómo ésta ha podido subsistir cuando aquélla constituía desde el principio una tentación tan irresistible. La fe se juzga razonable, en tanto que la gnosis se da a sí misma como racional y lo parece a los ojos de muchos. Se desarrolla sistemáticamente, de una forma coherente, y si se acepta un punto del sistema, bien pronto se está dispuesto a aceptarlos todos, porque se deducen perfectamente bien unos de otros. La fe se contenta con entrever, vislumbrar de lejos y de refilón, las señales más periféricas de un misterio que sigue siendo tal. La gnosis se instala en el corazón mismo del entendimiento divino. No es una visión reflejada como la de Moisés, sino una visión central que unifica el cosmos, religa las apariencias y coordina los campos más diversos. La fe sabe bien pocas cosas y las sabe mal. La gnosis tiene una explicación para las fases de la luna, las enfermedades, los temblores de tierra, para los sucesos todos, ordinarios y extraordinarios, que aportan por su parte otras tantas nuevas pruebas del sistema gnóstico. La fe es ortodoxa. Pero la gnosis es superortodoxa, porque su exégesis es sutil, sabia e ingeniosa, acogiendo sin dificultad todos los dogmas, aunque entendiéndolos en un sentido un poco tergiversado pero que abarca también el sentido correcto, hasta el punto de que resulta imposible sorprenderla en flagrante delito de herejía. La fe es vacilante, porque no es fácil infundir confianza a otro. La gnosis, por su parte, es inquebrantable, ya que en definitiva se trata de una fe en sí mismo, una confianza otorgada a los datos del propio entendimiento. De ahí que, mientras los mártires de la fe son raros, los mártires de la gnosis que se han dejado degollar son innumerables. Por qué iban a dudar, cuando la gnosis aporta lo que le falta a la fe, que es la certeza de la razón, y a la razón lo que le falta es el punto de vista central, iluminador y transformante, generador de salvación.

Y he aquí donde la gnosis triunfa: es la más virtuosa. En efecto, la fe no implica una moral: el creyente está obligado a vivir la moral común, y sabe bien por experiencia que no supera en virtud al incrédulo. Al contrario, la gnosis implica una moral, y ésta se define por la ejecución de un plan cósmico que la gnosis ha descubierto. Ser gnóstico equivale al propio tiempo a obedecer a las exigencias de la gnosis, lo cual significa una vez más conformarse a los imperativos de su propio entendimiento. A este hecho se debe que la moral gnóstica sea de más fácil ejecución que la otra, porque es ella su propia moral, es ella la que se da sus propios mandamientos. Entre la moral común y la moral gnóstica no existe ninguna comunidad de esencia, ninguna relación. No obstante lo cual se sobreponen en algunos pun-

tos y se parecen externamente. No son idénticas las razones por las que el creyente y el gnóstico son desinteresados, castos o devotos. Pero, vistos desde fuera, lo son por igual, y el gnóstico lo es más porque lo es más fácilmente.

IDEOLOGIA

Así fueron, aproximadamente, las gnosis clásicas de la antigüedad, las de Simón Mago, Cerinto, Valentín, Basílides, Mani, etc. Así fueron las de sus sucesores los paulicianos, los bogomilos, los cátaros y otros. Y así fueron las parasitarias del judaísmo tardío y del islam. No es que haya habido una tradición gnóstica, sino que la fragilidad misma de la fe la expone en cada instante a la mutación gnóstica. Una vez que ésta se ha efectuado, la gnosis busca y encuentra una tradición. La guerra entre la gnosis y la ortodoxia fue una guerra a muerte, pero cuando ésta se debilitó en forma duradera, cuando perdió su poder disciplinario, es decir, en la época moderna y más en concreto desde comienzos del siglo XVIII, la gnosis vuelve a recobrar su esplendor bajo formas antiguas y nuevas. Pronto encontró de nuevo la libertad especulativa y la productividad mitológica de las antiguas gnosis. La francmasonería mística, una gran parte de la filosofía romántica alemana, la armazón conceptual subyacente en la poesía de Blake y de Shelley, de Lamartine y de Hugo, son del tipo de las gnosis religiosas. A medida que van separándose del cristianismo y lo van olvidando, reencuentran la inocencia y la benignidad primitivas, porque lo venenoso es la mezcla. Y pronto adquiere un nuevo rostro: el de la ideología.

La ideología es una gnosis en que el principio de certeza no es la autoridad de un contradogma, paralelo o isomorfo al dogma religioso, sino que está tomado (o prestado de la ciencia en el sentido que esta palabra ha adquirido en la época moderna. La ciencia moderna obtiene la certeza y la hace reconocer a todo espíritu razonable, pero sólo dentro del campo estrechamente limitado en que es capaz de operar con rigor. La ideología demanda de la ciencia que garantice su sistema, haciéndola salir del terreno en que ella está cierta y, por lo mismo allí donde es científica. Por eso entraña una corrupción de la ciencia. En cuanto a lo demás, y salvo en lo que concierne al principio de certidumbre, el saber ideológico es de la misma estructura que el saber gnóstico. La ideología es central, racional y enciclopédica. Implica una moral deducida de la doctrina y relativa a la ejecución del plan cósmico, cuya puesta en práctica, guiada por el conocimiento teórico equivale a la obtención de la salvación.

No obstante la asociación con la ciencia implica para la gnosis —convertida en ideología— muchas consecuencias. Se priva de sus facultades especulativas, poéticas y mitológicas. La esterilidad artísti-

ca de la ideología contrasta no sólo con la fecundidad de las religiones sino también con la de las gnosis de fondo religioso. La imitación totalmente exterior y formal de la positividad científica, a falta de conseguir una verdadera positividad, obtiene la sequedad y si no el rigor al menos la jerga y la pedantería. Rompe con toda referencia a la religión. Ciertamente que guarda en común con ella el anhelo de salvación, y la suya se considera más realista. Guarda también algunas ideas estereotipadas (mesianismo del pueblo en el nazismo, mesianismo de la clase obrera en el marxismo) que proceden de la religión, pero deformadas y transfiguradas de tal modo que se ha borrado el recuerdo de su parentesco y, con toda buena fe, se niega enérgicamente.

En la práctica ideológica hay una especie de culto y el desarrollo de un ritual, pero vienen como impuestos por la lógica de una situación, sin que reciban el menor valor salvífico, sin que ni siquiera sean percibidos de manera consciente ni reconocidos como culto y ritual. Y es que, en efecto, la asociación con la ciencia, por costosa que pueda parecer, ofrece a la ideología una ventaja decisiva sobre todas las gnosis anteriores: la universalidad. En la medida en que las gnosis eran parasitarias de las religiones, tropezaban con los límites que encerraban a estas últimas. La gnosis cristiana rara vez salía del campo cristiano, la gnosis judía del terreno judío. Con la ciencia, o mejor, con lo que ella imputa a la ciencia, la ideología no sólo obtiene una convicción más sólida, mejor probada y demostrada, más verosímil de cuanto pudieran tener los fantásticos sistemas gnósticos del pasado, sino que mantiene un principio que franquea todas las clausuras nacionales, abate las fronteras religiosas, anula todas las herencias culturales y se dirige sin rodeos a la humanidad entera. Al menos eso es lo que hace la ideología más acabada, la única que triunfa a escala planetaria: el marxismo-leninismo.

Hay, además, otra consecuencia. La sistemática de las gnosis antiguas por más que se las diese de racional no podía pretender una demostración positiva. Se trataba de una «inteligencia» global, a la que era preciso adherirse para penetrarla. Tomado en bloque, el «conocimiento» superior era coherente; pero cada una de sus afirmaciones no era más demostrable que el dogma religioso en el que se había injertado. Por el contrario, la ideología —y en primer lugar el leninismo— pretende un carácter positivo. De ahí que se vea obligada a desarrollarse no en el mito —que no siendo verificable ni falseable conserva una cierta autenticidad y no engaña sobre su naturaleza— sino en ciencia. Ahora bien, cuando a esa ciencia se la saca de la órbita de su orden, de su campo de aplicación, de sus condiciones de validez, es una apariencia de ciencia, una caricatura de la ciencia, y en definitiva una pura charlatanería. Así como la gnosis antigua guardaba el tono y talante de la fe, así la ideología guarda el tono y talante de la ciencia, aunque en ambos casos se trate de cosas muy diferentes.

Así, por una parte, la referencia a la ciencia da a la convicción ideológica mayor solidez aún que la convicción simplemente racional de la antigua gnosis; por otra, sin embargo, el hecho de que esa «ciencia» sea positivamente falsa, y que en cualquier momento se pueda demostrar así empíricamente, da a esa misma convicción ideológica un radical carácter precario. El ideólogo, como el gnóstico, otorga su confianza a la evidencia de su entendimiento, pero la evidencia está falsificada y el entendimiento alterado. La ciencia violada se toma su desquite: da la certidumbre al ideólogo en cuanto éste consiente en el desatino.

Tal vez no resulte temerario avanzar las dos proposiciones siguientes: 1. La gnosis es una corrupción de la fe por la especulación y de la especulación por la fe. La actitud gnóstica puede ser adoptada sin molestias fuera de las regiones de la fe; pero la presencia simultánea de la gnosis y de la fe corrompe a las dos y crea esa mixtura terrible que la ortodoxia intenta conjurar bajo el nombre de gnosis. 2. La ideología es una corrupción de la gnosis por la ciencia y de la ciencia por la gnosis. Sólo ha podido nacer en la época moderna y sobre la base del éxito prodigioso de las empresas científicas y técnicas. Es entonces cuando una fracción de las corrientes gnósticas se desgaja del tronco común para ir a buscar en la ciencia el principio de la certeza y el secreto de la universalidad. La ciencia falseada le entrega un delirio sistematizado y la aniquilación de todas las diferencias en la nada.

Como se ve, la ideología no es otra religión, ni siquiera una corrupción de la religión. Entre ésta y la ideología existe el grado intermedio de la gnosis. De ahí que la ideología pueda renegar fácilmente de la religión y proponerse destruirla, cuando la gnosis se contenta con lograr su perversión. Mas, por otra parte, debido a su genealogía gnóstica, guarda un parentesco lejano y una cierta complicidad con la religión. Y de ahí que para ésta represente una tentación. El comunismo leninista se ha nutrido de la infidelidad de los judíos y de la apostasía de los cristianos.

Si la ideología es realmente cuanto acabamos de decir, ya se adivina la política intelectual que la Iglesia podía practicar frente a ella. No es necesario ciertamente llevar el debate al terreno religioso, y menos aún al del ateísmo. En efecto, esto equivale a pedir a la ideología que regrese a la gnosis. La ganancia no es grande, y ello sólo podría conducir a libertar las tendencias gnósticas siempre activas en el mundo religioso. Se produce entonces lo que desde hace treinta años se viene comprobando en Francia, en la frontera del mundo comunista y del mundo católico: los comunistas se mantienen inquebrantales menos algún que otro Garaudy que pasa a la gnosis, mientras que los cristianos se pasan masivamente a ésta, creyéndose autorizados a ello, con tal que sobrecarguen la ideología con un poco de fervor gnóstico.

Es sobre ese terreno de la realidad donde es necesario batirse. La gnosis constituía una amenaza para la fe, pero la ideología representa una amenaza para la razón; lo cual es más grave, porque tras la gracia queda afectada la naturaleza. Y lo es porque la ideología alardea de científica cuando no lo es. Esa contradicción es lo que se ha de poner de relieve, y el hecho de desvelarla a los ojos de todos basta para reencontrar el terreno de lo real y enderezar el sentido de las palabras. Esto dicta una política de alianza. En la coyuntura presente el fervor vago, la religiosidad entusiasta, el espiritualismo heterodoxo son sospechosos de albergar unas virtualidades gnostizantes. Se trata de aliados poco seguros con los que no se ha de contar. Y, sin embargo, llevan más de un siglo gozando de infinitamente más simpatía en el medio católico que en cualquier otro sector del pensamiento, cuyo comercio sería en cambio útil: me refiero al positivismo en sentido amplio. Es verdad que los positivistas son agnósticos y que consideran los dogmas cristianos como un tejido de absurdos. Pero lo mismo les ocurre con la ideología. Ya sea porque están habituados a controlar la validez de una doctrina y la pertinencia de un vocabulario, bien porque estén menos propensos a creer y tienen menos apetito de la salvación que ella promete, jamás han seguido una ideología, habiéndola considerado siempre como un puro absurdo. Es verdad que se mantienen creyendo haberlo hecho todo cuando han demostrado las incoherencias y la irracionalidad de la ideología. Adherirse a ella, pese a todo, se les antoja tan absurdo como la creencia religiosa, a la cual la asimilan gustosamente. Sin razón, como hemos visto, y ello les crea problemas en la comprensión del fenómeno. Mas no se les mueve un ápice de lo que es verdadero y lo que es falso, y ese buen contacto con lo real así como las virtudes intelectuales que supone son un ejemplo que imitar.

NOTA BIBLIOGRAFICA

En una obra anterior, *Los orígenes intelectuales del leninismo* (Madrid, Rialp), el mismo A. Besançon había estudiado a fondo la génesis y la estructura del marxismo-leninismo. Estas son, en resumen, sus conclusiones: «Es una doctrina sistemática que promete una salvación por medio de la conversión; pretende conformarse a un orden cósmico descifrado en su evolución; declara su apoyo a una certeza científica; impone una práctica política que intenta la total transformación de la sociedad, según el modelo inmanente que la sociedad entraña y que la ideología ha descubierto... La ideología, aunque no llegue a confesarlo, no tiene en común con la religión más que la esperanza de salvación; y con la filosofía, sólo el racionalismo, previa perversión de su uso... La ideología posee la estructura mental de la gnosis, pero modificada por el género de certeza que se atribuye y

que toma prestado (o más bien presta) a la ciencia. Su campo de acción es el político» (p. 91).

La relación de la gnosis con la política no es un descubrimiento reciente. Un buen resumen de las obras que han estudiado tanto la gnosis antigua como sus repercusiones políticas en nuestra historia puede verse en: Eric Voegelin, *Ciencia, política y gnosticismo* (Madrid, Rialp, 1973).

Más recientemente, M. Duverger, en su obra *Les orangers du lac Balaton* (París, 1980), constata el paso de un socialismo (supuestamente) científico a un socialismo religioso. Hace referencia a J. Monnerot que ya en 1949, en su libro *Sociologie du communisme*, calificaba al comunismo de «religión secular»; y a A. Besançon, quien, como hemos visto, señala las analogías del leninismo con el pensamiento gnóstico. Y declara el objeto que se propone: «On voudrait ici préciser le mécanisme du glissement de la science à l'idéologie, et de l'idéologie à la religion, parfaitement dénoncé mais incomplètement analysé. On montrera qu'il est antérieur à Lénine, et qu'il repose d'abord sur la doctrine, puis sur l'organisation qu'elle a engendrée. Le communisme ne serait pas une Eglise si le marxisme n'était pas une théologie» (p. 19).

Digamos para terminar que la religión se funda en la fe, y la ideología aparentemente en la ciencia. Pero en realidad, escribe con ironía Besançon, la diferencia que los separa es esta: los creyentes *saben que creen*, los marxistas *creen que saben*.

JOSÉ M.^a PALLARÉS